

OCHENTA AÑOS SON NADA.

Ahora no sé si es el tiempo el que ha pasado
o fui yo que pasó a través del tiempo,
entre certezas y arrebatos,
entre fuegos fatuos y ardientes llamas en cuyas puntas
oscilé tantas veces, nunca en el mismo instante del crepúsculo,
de la misma manera que el sol nunca se pone igual
sobre el azul del cielo cayendo enrojecido.

Todo pasaba a velocidades inaudibles que no permitían detenerse
y así el dolor flotaba y desaparecía asomado como yo a estas barandas
por las que me asomo para ver la ciudad
en sus techumbres color ladrillo y cielo azul

Era natural que la vida me trajera como un regalo
el encuentro con mi misma
dando lugar a estar siendo amada
y provocar en el otro una hecatombe de emociones
de la que nunca me hice responsable.

Conmigo han vivido todas las épocas
fui antigua y fuí moderna,
viví en un reino que alguien puso en mis manos
y todo mi reino fue este instante en donde algo fui y alguna cosa seré.

Extraña coincidencia de palabras que me llevan de la mano
a verme como aquella de la infancia
y mi figura avanza y se me acerca y pasa a mi lado
pero debo seguir andando sin volver para atrás,
pero viéndome siempre y todavía.

Pero hay tanto que hacer...

El tiempo se detuvo para verme pasar y no sé cómo sucedió esto,
pero lo atravesé con mis silencios
y amé también lo que moría porque no quería morir,
y perdí todas mis creencias,
y fui la sombra desprendida de mí que me asustaba
con sus cambiantes formas
y era inexplicable saber que había algo de mí que no era mí,
y el misterio fue un secreto olvidado.

Pero hay tanto que hacer...

La noche tiene sus ruidos y en ella me desplazo con mi nombre
y mi andar tiene cierto balanceo donde me desprendo
de algunas cuestiones innecesarias,
hasta llegar al punto de una ignorancia liviana
y me acostumbro a andar hasta las alturas donde me crecen alas
que algún día desplegaré y esa será toda mi fortuna.

Una existencia jugada siempre en el abismo
de lo que reniega y acepta al mismo tiempo
y no tengo palabras que abarquen este drama
y estoy aquí sin tratar de medir el tiempo transcurrido,
como decía Séneca, que me sonrío caprichoso
desde esa frase colgada en mi escritorio,
siendo la inmortalidad la que sostiene la cifra de mis 80 años
como si fuesen 20,
y 20 años son nada
y otra vez vuelvo al principio del camino
donde la vida me espera para acompañarme,
liviana, sutil, juguetona, sin tenerme en cuenta para nada,
jugando una partida de ajedrez, hasta mi jaque mate,
que me verá caer con la ilusión de una mujer enamorada.